



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIV

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 18728

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península: Un mes, 2 pts.—Tres meses, 6 id.—Extras
fora: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.^o
y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración

Redacción y Administración, Mayor, 24

SABADO 9 DE ABRIL DE 1904

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin
61; y J. Jones, Fauburg-Montmartre, 31.

A otra cosa

Lo de Barcelona ya no da juego. Allí no pasa nada. El rey va y viene, pasea, asiste a los teatros y en todas partes es aplaudido.

Los que esperaban que ese viaje estuviese sembrado de accidentes ruidosos, se han llevado chasco; para ellos no tiene explicación ese fenómeno.

Y es que no piensan. ¿Qué tiene que ver que en Barcelona haya muchos republicanos para que don Alfonso le visite? ¿Acaso no es de España la capital de Cataluña? Pues como jefe del Estado visita D. Alfonso a esa parte de la nación.

Lo que ocurre en Barcelona no es nuevo. Ocurrió lo mismo en Zaragoza el año pasado cuando estuvo allí el rey. El pueblo lo aclamó, le siguió a donde fué, le arrojó flores y palomas y cuando a los pocos días acudió a los comicios para elegir ayuntamiento sacó triunfantes de las urnas a los de candidato republicanos.

Por cierto que el comparar el entusiasmo por la visita regia y el resultado de las elecciones se alaba mucho la actitud de los zaragozanos, reputando a éstos de correctos y cultos.

Culta y correcta se manifiesta hoy la capital de Cataluña, como se manifestó el año pasado la capital aragonesa, sin que por eso haya que admirarse, por varias razones, la principal de ellas por que ya se sabía.

Lo que ha sucedido no constituye un triunfo para nadie. Si Silvela, Sagasta ó Villaverde se hubiesen atrevido a aconsejar ese viaje, se hubiera realizado como ahora, sin incidente alguno. Lo que ha pasado es que Maura ha visto más claro ó ha sido más valiente.

Sucede, pues, que han sido defraudadas las esperanzas de los impresionables. Ellos creían que iban a asistir a una serie de incidentes ruidosos y como no es así, ya casi han desviado la atención de Cataluña para fijarla en otra parte.

Eso vienen haciendo hace tiempo, especialmente desde que empezó el año. Hace tres meses, cuando entre los gabinetes de San Petersburgo y Tokio se cambiaban notas que hacían temer un *casus belli* se produjo enorme expectación. La sergida de la escuadra rusa, por la japonesa aumentó la tensión de los animos, hasta el punto de no quedar espacio para pensar en otra cosa, ni siquiera en lo que nos interesaba más de cerca. Se hablaba de miles de cañones; de los enormes ejércitos del Czar; de las horribles batallas que estaban al caer y se buscaban los telegramas como busca el pan el hambriento. Pero pasaron dos semanas; se hizo aquello demasiado pesado y se ha dado al olvido la guerra.

Eso va pasando ya con el viaje del rey a Barcelona; como no ocurre nada, se le encuentra monótono; pero como los impresionables han de tener siempre algo que les ocupe, ha venido ahora lo del viaje de la Reina a Viena.

Y ya están los impresionables haciendo calendarios.

—Vendrá antes de que acabe el viaje del rey—dicen unos.

—La ausencia durará una larga temporada—dicen otros.

En eso estamos y en eso estaremos hasta que termine el viaje del rey y se vea quien tiene razón.

Seguramente la tendrán los primeros. Pero si no ocupamos el tiempo en adivinar el porvenir ¿en qué lo vamos a emplear?

Conque a otra cosa, a eso del viaje, a ver si da más juego.

EL REY EN BARCELONA

Desde la capital de Cataluña recibe un nuestro amigo una carta escrita bajo la impresión de la llegada del Rey a dicha capital y de ella tomamos los siguientes párrafos:

«Escribo a usted bajo la impresión agradable del recibimiento a D. Alfonso.

No puede usted imaginarse nada tan hermoso, al pensar en manifestaciones de más grande entusiasmo.

Yo no soy un partidario del tráfago, y por eso mi juicio valga la verdad.

He visto mucho. La entrada de aquellos generales agitados, vencedores de la reacción, como entonces se llamaba, y a los que debemos las garantías de una libertad para cuyos frutos me ha llegado aun la hora de la revolución. Reyes que venían a implantar un régimen de democracia que parecía anhelado por el pueblo; ídolos de la multitud; me he acordado las músicas, enardecidas las gargantas con la consiguiente hinchazón de mancebo; pero no he visto nada, ni querido amigo, que se parezca al recibimiento, entusiasta, cariñoso y digno dispensado esta mañana a don Alfonso.

Digan lo que quieran los termómetros contrarios al régimen, lo que yo le cuento es la verdad para.

Se habrán comprado algunos entusiasmos callejeros, como yo me acordé, pero que no sería raro porque se piensa en que todos incurran—mas el grandioso paseo de Gracia enjuto de espléndidos palacios por cuyas balcones atestados de lo más valioso de esta ciudad hermosísima salían entusiastas aclamaciones mezclándose con el agitar de los pañuelos y la lluvia de flores y palomas, no hay quien intente compararlo ni hay dinero que lo pague.

Y esto se ha repetido en la calle de Fernando; y en la Rambla ha sido un verdadero delirio; y el Rey, a caballo, rodeado de un público numerosísimo que le aclamaba sin cesar, apenas si le era posible adelantar un paso.

Dirías que los sentimientos monárquicos de Barcelona, contenidos por causas que no son de este momento recordar, al derrocharse con la venida del Rey, ha surgido, como el Champagne, estruendoso y alegre esparciéndose por todas partes.

Yo, amigo mío, como he leído tanto de este pueblo que nos lo hacía antipático a

los que no renegamos de nuestra patria con todos sus defectos y desgracias no hubiera querido; al suprimirlo, cuanto relatado queda.

MUNICIPALIDADES

LOS NOMBRES DE LAS CALLES

Varios y a cual más interesantes son los problemas que se imponen a la deliberación de nuestros insignes ediles y entre ellos el del abaratamiento de las carnes, el de saneamiento de las aguas, el de reglamentación del impuesto de consumos, el de dar trabajo a los obreros, y otros no menos urgentes.

Para había otra que era un verdadero entorpecimiento para la mayoría del vecindario y era el de la confusión introducida por el continuo cambio de nombres a las calles que daba lugar a continuas equivocaciones... pero, ya ha sido resuelto.

Si con igual facilidad se pudiera abaratar la carne y sanear las aguas, sería Madrid la primera población del mundo; pero cualquiera se atreve a resolver un problema tan peliagudo como el de las subsistencias y el de la salubridad.

El de las calles, ya es otra cosa; porque eso no cuesta dinero, ni hay que calcular, se los caeos, que dije el otro, ni darse mañosos en buscar ó proponer soluciones adecuadas y convenientes, sino resolver de plano y asunto concluido.

El abuso que se venía cometiendo de cambiar los nombres de las calles cada vez que a cualquier concejal se le ablandaba el corazón en favor de un amigo, va a cesar; y en adelante, para que no prevalezcan estas ternuras, se dispondrá que ningún nombre de las personas vivas que se proponga con dicho objeto, haya sido borrado, por lo menos, diez años antes del mundo de los vivos, y como remate, que las dos terceras partes de los vecinos ó del barrio a quienes afecte el cambio de nombre expresen su conformidad, con el propuesto.

¡Y se ha salvado la gran dificultad! Es de presumir que los vivos (y conste que lo digo sin doble intención) que tienen calle como el inspirado autor de «Ideales», y los muertos, que también la tienen, aún cuando no haya transcurrido el plazo de diez años de su fallecimiento, como el llorado por sus correligionarios, jefe de los liberales, seguirán disfrutando de tan señalada

merced, porque después de todo, a lo he oído, pecho.

Pero ¿qué dirán los que estaban en cartera, digámoslo así, ó «in pectore concejables», es un decir, para obtener la señalada distinción de dar su desconocido nombre a una calle conocida?

Bueno que la carne no se abarate porque hay la mar de palillos que tocar, como sea tarifa de transporte, construcción de de galladeros ó mataderos nuevos, exportación de reses al extranjero, etc.

Bueno también que el vecindario de Madrid beba agua turbia, como si fuera de limón, porque no hay «guita» bastante para sustituir las viejas cañerías de gres, ó sea de barro cocido, que permiten la filtración de las conducciones fecales, por otras de hierro.

Peró ¿porqué se ha de quitar la ilusión de pasar a la historia, que es la antecala del templo de la inmortalidad, a la gran serie de los López, de los Fernández, de los García, de los Ruiz, de los Gomez y de los Díaz, que tenían casi comprometidos a algunos ediles amigos para proponerlos para una calle ó una plaza de las construídas recientemente?

Eso es una crueldad sin ejemplo casi mayor que la que resulta de poner en los sobras, direcciones como ésta:

«Señor don Fulano de Tal, antes Don», ó «Excmo. señor don Mengano de Cual, antes Burro» y quien dice burro, dice lobo, perro, gato, etc.

Eso de dar nombres a las calles nuevas ó cambiar el de las viejas por otros, debería hacerse por sufragio universal, por lo menos entre los vecinos que la habitan; y así se evitarían muchos disgustos y mortificaciones; pero en fin, ya está en camino el remedio para evitar este asunto de las blanduras de corazón de los concejales, y adelante con los faroles!

¡Ojalá pudiesen resolverse tan rápidamente otras cuestiones graves; la de los pañuelos chiquitos, la de las patatas aciparadas, la del vino bautizado, la del agua putrefacta, la de los mataderos clandestinos y tantas otras con idéntica rapidez!

Abel Imart.

CURIOSIDADES

Suicidomanía

Es indudable que hay épocas en que los suicidios se repiten con lamentable frecuencia.

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 476

sobre los espectadores.

Bien pronto no la quedaron mas que dos brazaletes que regalar.

Entonces echó una última mirada sobre el camino; su rostro tomó de pronto un aire de satisfacción y de consuelo...

Acababa de ver a Burtell que llegaba al galope a la plaza de Gurthaw. Sorrojós. A caballo también, acompañaba al joven oficial. A la llegada de este último se propagó un pánico general. A escepción de algunos «joghies», todos dieron media vuelta para huir. Telitza se apresuró a detener a los espectadores.

—No temas nada, dijo, dejadme hablar a este oficial, yo respondo de todo.

Antes de dirigir la palabra a Burtell, Telitza llamó a Solohjos para hablarle. Le dió sus últimos brazaletes y le dijo algunas palabras al oído a las que él respondió con un signo afirmativo despues de un instante de visible satisfacción. Entonces ella se volvió a Enrique:

—Te agradez que hayas venido, le dijo. Quería que vieres mi Satty.

—Yo te juro inutilizar este terrible sacrificio esciemo él.

—¿Has consentido en dejar a la mujer «pálida»

LXXXIII

Al cabo de un instante respondió él. No hablemos mas de ella. Espero que cumples tu promesa; pero ante todo, desgraciada niña, baja de la pira y renuncia a tu terrible sacrificio. Además por fuera no lo realizarás.

Telitza le contemplaba con una expresión singular.